

Texto de uso exclusivo del Seminario Permanente del CAS/IDES No citar sin autorización previa del/a autor/a.

Mundo-caña.

Una etnografía sobre el trabajo en la trama social de dos comunidades en Chiapas

Noelia Soledad López (IDES-CIS)

En este artículo presento algunos aportes de mi etnografía¹. El objetivo de la investigación es conocer las experiencias de trabajo asalariado de quienes viven *arriba*, en Tzinil² y desde ahí *bajan* cada año a cortar caña de azúcar a los cañaverales de productoras y productores de Socoltenango³, en el marco de una trama social de relaciones entre comunidades rurales en el Estado de Chiapas, México. Esa trama social aparece en lo que llamo el trabajo vivido, las prácticas y valoraciones sobre el esfuerzo propio y el de los demás en torno a la producción y al corte de la caña de azúcar. Éstas desbordan constantemente relaciones y espacios productivos para existir además en las fiestas, en las riñas de gallos, en las transacciones en el mercado y en las relaciones cotidianas de las personas con compadres, tíos, vecinas y amigos, *arriba* y *abajo*. Este es el argumento etnográfico de mi investigación.

En la vida cotidiana esa trama de relaciones entre localidades se realiza en los quehaceres de las personas *subiendo* y *bajando*: *subiendo* desde Socol para Tzinil a buscar trabajadores para el corte de caña, a comprar frijol para revender a precios más altos o a participar de las peleas de gallos en las fiestas. También *bajando* de Tzinil para Socol a cortar caña de azúcar, vender

1 Realicé la Maestría en Antropología Social en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social de la Unidad Sureste en Chiapas, México, con una beca de CONACYT. Allí cursé y defendí mi tesis.

2 Una colonia de altura con 824 habitantes ubicada en el Municipio de Socoltenango del Estado de Chiapas, a 1157 metros sobre el nivel del mar.

3Un pueblo con 4.674 pobladores que es cabecera de Municipio y se apoya sobre una superficie amesetada a 884 metros. El municipio de Socoltenango forma parte a su vez de las *áreas de abasto* del ingenio La Fe, ubicado en San Francisco Pujilic, una localidad del municipio colindante de Venustiano Carranza en el estado de Chiapas. Las áreas de abastecimiento son las superficies cultivadas y cultivables que tienen las y los productores, que en el campo jurídico legal son definidos como “abastecedores” de la materia primera central para la producción industrial de azúcar refinada y estándar que es la caña, a la que se llama “el producto”.

productos en el mercado, hacer alguna gestión, cobrar el Prospera⁴ o comprar un medicamento. Esta espacialidad hacedora configura una dinámica de relaciones entre las personas de Tzinil (*la colonia*) y Socoltenango (*el pueblo*) y una distribución desigual de recursos –de dinero, de tierras y de agua- que aparece también en la manera en que el trabajo con la caña tiene sentido para las y los productores, para los cortadores y para sus familias.

Abajo, para las y los productores cañeros socoltecos, plantar caña de azúcar se teje bajo



BARRERA AGUILERA, Oscar Javier 2017 Las terrazas de los Altos. Lengua, tierra y población en la Depresión Central de Chiapas. Tesis de doctorado en Historia, Colegio de México, Ciudad de México

claves de sentido propias. La sensación de que *al principio no había nada* impregna con fuerza las narrativas de los orígenes y el sentimiento de agradecimiento a la caña llega junto al crecimiento familiar, el progreso colectivo y una incipiente urbanización de Socoltenango. La familia De la Cruz, con quien me vincule durante mi residencia en Socoltenango, hace de la producción de caña su único ingreso monetario actual y para José la idea de que *un campesino sin tierra no es nadie* organiza un mundo en el que plantar caña de manera sostenida no es fácil en un contexto de agricultura por

Desarrollo Social implementada por el gobierno federal desde septiembre de 2014. Consiste en la entrega periódica de cantidades de dinero en efectivo a los hogares identificados en situación de pobreza extrema. La entrega del apoyo económico se efectúa a cambio del cumplimiento de obligaciones vinculadas con la salud, alimentación y educación.

contrato.

Arriba, la experiencia de trabajo asalariado de algunos cortadores de Tzinil se vive desde el trabajo en la milpa⁵ en sus terrenos, más pedregosos y empinados que las planicies de abajo y sin más riegos que la lluvia. La milpa es algo que las familias de Tzinil no abandonan cuando trabajan en el corte de caña, porque es lo que les enseñaron sus padres, porque ahí hay un arraigo a lo que es *de uno* y por formas también afectivas de estar ligados a la tierra, a los *abuelos*⁶ y a los pobres. Muchas veces escuché a Los Herrera, la familia con quien viví en Tzinil, decirme que *arriba somos más pobres pero más alegres*. Antonia es el *alma matter* de la familia Herrera, y mi vínculo con ella me permitió llegar a su casa, visitar diariamente a la familia y quedarme con ellos, arriba.

La experiencia de trabajo asalariado en el corte de caña que realizan los varones de la familia Herrera no puede explicarse como un proceso único de proletarización, porque existen diversas maneras de participar del trabajo asalariado (Warman, 1980). Lejos de que el corte de caña sustituya otras actividades, la milpa a pequeña escala en los terrenos de Tzinil –para quien los tiene- es el centro de comprensión de un mundo contingente, marcado por las urgencias de la vida. Para Los Herrera dedicarse al corte de caña es más bien la ocasión de acomodar una alternativa laboral –entre otras- bajo claves sentimentales, de inteligibilidad y de acción propias. De hacer jugar a su favor la contingencia de una situación siempre cambiante.

El artículo tiene tres momentos. Después de presentar el abordaje general de la investigación, vamos a bajar a Socoltenango para conocer a la familia De la Cruz y al modo en que José produce caña de azúcar. Después, subimos a Tzinil para conocer a la familia Herrera y cómo Ernesto, el esposo de Antonia, disloca la temporalidad del empleo en el corte de caña para hacerlo al calor de los requerimientos de sus quehaceres arriba, en Tzinil, que son la milpa y las fiestas. Algo que hacen las personas que tienen tierras. Porque en Tzinil también hay personas que no las tienen, y entonces el trabajo en el corte es de alguna manera más apremiante como

5 La milpa es un sistema de cultivo mesoamericano muy extendido en Chiapas, combina el cultivo de maíz, frijol y calabaza en un proceso ecosistémico que permite que cada cultivo aproveche distintos nutrientes del suelo, complementándose. Esto supone plantar primero maíz, luego un tipo de frijol que crece enroscándose en la planta anterior y calabaza.

6 Cuando Antonia me hablada de *los abuelos*, no aludía a la presencia actual de los padres de sus padres, sus ancestros biológicos, sino que me hablada del universo cosmogónico maya-tseltal y entonces los abuelos eran el rayo, el fuego y el agua. No trabajé las relaciones comunitarias entre Tzinil y Socoltenango bajo claves estrictamente interétnicas, pienso esas relaciones como un proceso de producción de distinciones entre las personas, arriba y abajo.

forma de sustento. Finalmente conocemos la trama social local de relaciones entre las localidades. El movimiento de *subir y bajar* de las personas en Tzinil y en Socoltenango, se acompaña con los míos como trabajadora de campo y con los de la escritura etnográfica y su textualidad movediza. Es porque ellas mismas *suben y bajan* que abajo y arriba fundaron los contextos de situación de mi relación con ellas durante un trabajo de campo⁷ con perspectiva etnográfica que devino en un texto etnográfico sobre el mundo-caña (Guber, 2001).

El trabajo vivido: estar en el mundo-caña

La caña de azúcar conecta a antropólogas y antropólogos en toda América Latina. Esta investigación surgió del cruce entre situaciones de mi trabajo de campo y recorridos de otras investigadoras e investigadores en la literatura antropológica en América Latina⁸ (Wolf y Mintz, 1975), centralmente las producciones de Brasil (Leite Lopez 2010; Sigaud 1971), Argentina (Vessuri, 1977; Whiteford 1970) y México (Paré, 1987; Bartra 1982, 1989). El relevamiento de estudios más actuales hizo presente la sensación de que algunos abordajes sobre el trabajo cañero en las agroindustrias azucareras (Ordoñez, 1992; García, 2014; Santos, 2014) estaban tan centrados en los espacios productivos que se perdía la posibilidad de entender los motivos y los sentidos del trabajo para las personas que los hacen, es decir, quiénes hacen lo que hacen cuando lo hacen.

La lectura de otras etnografías fueron fuentes de inspiración inigualables por sus maneras de resolver situaciones, por sus decisiones metodológicas, conceptuales y de escritura (Quirós, 2006), por su originalidad y cercanía (Hermitte, 2004). En apariencia estos trabajos nada tendrían que ver con la caña, pero yo creo que efectivamente sí la tienen. Por ejemplo, el trabajo de Julieta Quirós lo acompañó de cerca Ligia Sigaud, conocida antropóloga en los estudios azucareros en ese país. También porque Esther Hermitte, que hizo trabajo de campo en Pinola, una localidad muy cerquita de Tzinil, alternaba sus vínculos con los pinoltecos cada vez que ellos... ¡Bajaban al corte de caña para el ingenio La Fe de Pujiltic!

En Socoltenango y en Tzinil la caña comunica con los trabajos y los días de las personas

7 El trabajo de campo fue realizado desde octubre de 2016, e incluyó la co-residencia en Socoltenango y en Tzinil entre los meses de septiembre y diciembre de 2017 alternadamente.

8No omití la literatura de otras partes del mundo sobre la caña, en especial Geertz (1963), pero ciertamente no me centré en ellas.

bajo claves de sentido propias, que desafían el modo en la ciencia social los categoriza⁹. Si yo podía poner a la caña como tema, la *cañita* es otra cosa para quienes la siembran, la riegan y la hacen crecer con orgullo todos los días en los ejidos de alrededor de Socoltenango. La caña también es otra para los cortadores, que se vinculan con ella desde una temporalidad dislocada y distinta: cuando *bajan* desde Tzinil a la zafra¹⁰, donde la aspereza de la hoja verde se metamorfosea en tizne negro y pegajoso después de la quema. En las situaciones de la producción cañera, del trabajo asalariado en el corte y en otras de la vida cotidiana, la caña no es un tema, es estar en un mundo.

Entender las experiencias laborales de productores y cortadores de caña de azúcar es conectar con qué es producir y cortar caña para ellas y para ellos. El desafío fue construir una mirada descentrada sobre el trabajo, que lo destaque desde el fondo de la vida de las personas. Me propuse conocer las experiencias de los trabajadores asalariados de Tzinil que *bajan a cortar caña* a los campos de productores cañeros de Socoltenango, desde el fondo de otras experiencias que también forman parte de sus vidas (Quirós, 2006). Descentrar los espacios productivos no quiso decir dejar de lado el esfuerzo que cuesta producir y cortar caña en la zafra; más bien implica considerar que si las personas que producen y cortan caña de azúcar son más que productores y cortadores, son también padres, hijos, milperos, campesinos y apasionados criadores de gallos; la investigación tenía que moverse junto con ellos para entender qué sentidos tiene *bajar al corte* desde Tzinil a los campos cañeros alrededor de Socoltenango, donde los productores tienen sus urgencias y preocupaciones. Mi propuesta de trabajo se centró en la intuición de que las relaciones laborales podían ser mejor comprendidas si el trabajo con la caña era restituido en el movimiento general de la vida, en eso que es para alguien estar en el mundo-caña.

Mundo-caña fue mi modo de expresar que ese mundo social es una forma de vida. En el mundo-caña distintos procesos (económicos, políticos, sociales y culturales) de larga duración y

⁹ En la tesis desarrollo este tema, el cruce entre marxismo y antropología y los debates entre posiciones campesinistas y proletaristas en México respecto del campo entre los años 70 y 80.

¹⁰ La zafra es la cosecha de la caña de azúcar, en la que se despliegan diversas actividades: la quema de cañaverales, el corte, el alce y finalmente el traslado al ingenio. Se extiende entre los meses de noviembre de un año hasta abril o mayo del año siguiente. Por eso las temporadas son períodos interanuales. Mi trabajo de campo fue realizado entre dos zafras: la zafra 2016-2017 y la consecuente de 2017-2018, mientras estuve viviendo en Socoltenango y después en Tzinil.

con temporalidades diversas se traslapan para darle forma y para participar de las relaciones intersubjetivas que se tejen en él, sin que esa forma se subsuma a una totalidad de sentido cerrada y definitiva. Una larga historia liga a Socoltenango a la caña de azúcar. Su presencia es fuerte con los primeros frailes dominicos en la zona (Ruz, 1992b) cuyos bienes desamortizados pasaron después a manos de familias influyentes quienes consolidaron un proceso de formación de fincas paneleras, donde la caña se convirtió en aguardiente que viajó a Comitán y a Guatemala (Barrera, 2017). Luego, su cultivo intensivo a partir de un proyecto agrícola-industrial centrado en la creación del ingenio La Fe y del sistema de riego del Río San Vicente la convirtió en azúcar. Hay así diversos procesos históricos que se traslapan y fenómenos que articulan (Bartolomé, 1980) los procesos productivos a procesos sociales, culturales y políticos más amplios, sin que éstos últimos desaparezcan o queden subsumidos a los económicos.

Esas articulaciones son concretas y visibles en el mundo-caña de hoy y aparecen en las relaciones entre quienes ocupan puestos en las asociaciones cañeras¹¹ y en el ingenio, entre ellas y los pequeños productores socoltecos, entre los productores y los trabajadores asalariados que contratan, o en las relaciones entre contratistas y cortadores en Tzinil, entre otras situaciones. También en el hecho de que las diferencias ligadas a que *abajo hay caña y arriba cortadores* se articulan a otras distinciones entre localidades: la certeza emotiva de las personas de Tzinil de que *arriba somos más pobres pero más alegres*, las interacciones entre las mujeres de Tzinil y de Socol en el mercado y los conflictos entre tzinileros y socoltecos en torno al reparto desigual de la tierra. El mundo-caña aparece en la tesis como una figuración social y productiva en la que se traslapan: modos de organización social de la tierra, formas de intervención gubernamental del entorno, maneras de organizar la actividad productiva cañera y vínculos entre localidades rurales.

Bajar a Socoltenango: La Familia De la Cruz y la producción cañera

Desde mi casa en San Cristóbal de Las Casas a Socoltenango se llegaba *bajando*. Primero había que pasar por la tercera localidad más grande del estado de Chiapas, que es Comitán de Domínguez. Ahí terminaba el recorrido de la combi y entonces había que tomarse otra, más chica

11 Las asociaciones cañeras son instituciones que proveen de tecnología para el corte y el traslado, así como el acceso al crédito para los productores afiliados; al tiempo que son las que negocian con el ingenio “La Fe” las condiciones para la siembra, cultivo, cosecha, entrega, recepción y calidad de la caña y el cumplimiento de los contratos de compra-venta. Los productores deben afiliarse a alguna de las cuatro Asociaciones Cañeras de la zona.

y destartalada que dice “SOCOL” y que hace frecuentemente la ruta de la caña que llega a San Francisco de Pujiltilic, a donde está el ingenio. La ruta nacional 226 pasa primero por el “Complejo Eco-Turístico Cascadas El Chiflón”, junto al que está el de la “Cascada Velo de Novia” -rodeadas de cañaverales-; sigue por la unidad del Distrito de Riego del Río San Vicente y pasa por Socoltenango, que desde arriba se ve como una mancha amesetada y chata, llena de caña. Esa misma ruta sigue y conecta a Socoltenango con el ingenio “La Fe” y entonces en la zafra se llena de camiones que van y vienen, trasladando caña cortada, y también a los cortadores.

Ya desde Comitán las situaciones hacían aparecer esa expresión que me era tan ajena: la *güera*. En la estación de combis solía escuchar a los choferes socoltecos *¿Alguien más para Socoooool? Nomás la güera*, contestaba alguno. Con el tiempo se hizo más habitual para ellos que una extraña pasara de largo las cascadas para seguir hasta Socoltenango sin que pensarán que me había confundido de parada. Cuando me fui a vivir a Socoltenango para algunas personas pasé de ser *la güera*, a veces *la gringa*, al más cariñoso apodo de *la argentina*, que nunca dejó de demarcarme como quien era: una fuereña. Llegar y quedarme me instaló en esa apacible atmósfera de pueblo que poco a poco fue para mí Socol, *abajo*. Vivir en Socoltenango hace aparecer los cruces entre las relaciones familiares, la dinámica de la vida social y el trabajo productivo con la caña de azúcar. También destaca la abundancia acuífera de las tierras bajas, con un sistema de riego constituido, un ojo de agua que provee al pueblo todo el año y que llena las acequias de los costados de las calles socoltecas y entonces será inevitable notar que *abajo* hay toda el agua que falta *arriba* (en Tzinil).

Para las y los socoltecos el pueblo había cambiado desde la llegada de la producción agrícola industrial de la caña¹². Había cambiado para bien, o como ellos me decían, había *progresado*. Las charlas con Timoteo y Manuel, dos pobladores de Socoltenango, me hicieron saber los cambios que destacaron como memorables¹³. Había centralmente dos: la creación del

12 Los cambios en las relaciones sociales de producción están ligados a la invención de un área de producción agrícola intensiva promovida por los estados federal, estatal y por la iniciativa privada de la influyente familia Pedrero -que detentó el control de la producción aguardentera en todo Chiapas- (De la Fuente, 2009). Esos cambios están orientados por dos acontecimientos importantes para las personas en Socoltenango: la creación en 1954 de la fábrica de azúcar en San Francisco de Pujiltilic y la del distrito de riego del río San Vicente entre los años 1969 y 1977.

13 También utilicé otros estudios históricos de la región, en particular investigaciones históricas y material de archivo, y un trabajo sin igual de un historiador local socolteco, Francisco Javier Vidal, a quien conocí en San Cristóbal de Las Casas. Decidí hacer avanzar la articulación en el texto etnográfico desde las situaciones de conversación. Esto construye una interrogación etnográfica a la perspectiva histórica.

ingenio y la del distrito de riego del Río San Vicente. Las distintas formas de la propiedad y uso de la tierra también surgieron de situaciones de conversación, donde lo memorable se vuelve actual y relacional. Timoteo –secretario técnico del ayuntamiento de Socoltenango– me cuenta en su oficina la creación del ingenio y del distrito de riego diciéndome que *al principio no había nada* ¿Y cuál principio? ¿O cuándo el principio? Entendí que me hablaba del distrito de riego¹⁴, todo un principio de paisaje. Así Timoteo me fue contando, como si la historia fuera una cosa del pasado que sacaba de un cajón de su escritorio y me la daba. Y ciertamente no hay otro modo de contármela a mí si no es desde esa nostálgica vida moderna de su pueblo, tan cambiado.

Manuel –uno de los primeros comuneros que empezó a plantar caña en Socoltenango–, lo hace al son de su marimba y de su casamiento con Mercedes, mientras cucharea los recuerdos desde un caldo que tomamos juntos en su casa. Entre sorbos aparece cómo está distribuida la tierra, desde los pliegues de su vida de marimbero, productor de algodón y después de caña. Es desde ese diálogo sopero que me enhebra la heterogeneidad de la estructura de la propiedad de la tierra en el mundo-caña¹⁵, porque Manuel me va contando mientras toma su caldo y me dice que *nosotros somos comuneros*, -cucharada-, pero *después* llegaron los ejidatarios y *al último*, -otro sorbito con ruido-, los pequeños propietarios. Estas distintas formas de propiedad de la tierra se traslapan hoy en la dinámica productiva actual, donde quienes producen si bien son cañeras y cañeros también se identifican como comuneras/os, ejidatarias/os o pequeños propietarios¹⁶.

 Mi relación asidua con la familia De la Cruz y con José, ejidatario y productor de caña¹⁷,

14 El distrito de Riego fue parte del proyecto San Vicente, una iniciativa del gobierno federal y estatal establecida por acuerdo presidencial del 22 de abril de 1965, ejecutada entre 1969 y 1977 a través de la Secretaría de Recursos Hídricos y por una concesión a la empresa Tecalli S.A. (Vidal, 2017). Era una de las pinzas para el proceso de colonización de tierras públicas e irrigadas. A través de la Ley de Colonización de 1962, que estableció la colonización exclusivamente a través de la creación de Nuevos Centros de Población Ejidal (NCPE), tuvo lugar la ocupación de terrenos nacionales (Villafuerte et al., 2002).

15 Las áreas de abastecimiento del ingenio se encuentran en tierras que forman parte de municipios como Soyatitán, Socoltenango, San Bartolomé de los Llanos (Hoy Venustiano Carranza), Pinola (Villa Las Rosas) y Tzimol. Allí coexisten: comunidades agrarias, ejidos, pequeñas propiedades. Además, Nuevos Centros de Población Ejidal surgidos entre los años '70 y '80 en el marco de luchas agrarias y fideicomisos, desde década de los '90 (Villafuerte et al., 2002).

16 La tenencia de la tierra está conformada centralmente por las propiedades privadas individuales, llamadas pequeña propiedad, los ejidos y las comunidades agrarias, estas últimas formas de propiedad social producto de la reforma agraria entre 1934 y 1992. Las tierras de los ejidos y comunidades agrarias pertenecen a las y los ejidatarios y comuneros, no pertenecen a la nación. Con la reforma constitucional del artículo 27 en 1992 el Estado genera nuevos marcos y estrategias en torno a la demanda de tierras. En el contexto del levantamiento zapatista, la lucha por la tierra toma nuevos cursos en la región (Villafuerte et al., 2002).

17 José había extendido un predio de siete a ocho hectáreas y media a partir de adquirir terrenos colindantes en el ejido de Tierra Blanca, en los alrededores de Socoltenango.

me hace saber de las vicisitudes, preocupaciones, malestares y alegrías de producir en el marco de un sistema de agricultura por contrato. En la manera en que Don José produce su *cañita* hay algo que hace que *un campesino sin tierra no sea nadie*. Para él trabajar la tierra donde creció con su padre y su hermano modula una relación afectiva con ella y es esa relación la que aparece por debajo de cualquier racionalidad empresaria que se apuntala afectiva y familiarmente.

El proceso productivo de la caña está dividido en varios procesos de trabajo (siembra, cultivo, cosecha y traslado) que se realizan en unidades productivas diferenciadas y unificadas bajo una forma jurídica que es el contrato. Si en apariencia todas las unidades productivas son “libres” de vender su producto al ingenio, único comprador regional, en la práctica está controlada. La situación diferenciada de cada productor que participa del proceso contribuye a la creación de distinciones ligadas a las características de los medios de producción, la propiedad de la tierra y a su relación con las asociaciones cañeras, que generan capacidades diferenciales para movilizar el trabajo en el campo cañero. No solo respecto a la cantidad de hectáreas, también a la fertilidad de los terrenos, al acceso o no al riego, a créditos y a los contactos que alguien puede tener en las asociaciones cañeras. Esto modifica la situación de cada unidad productiva generando diferencias que las y los productores perciben y destacan a su modo.

Si la dinámica productiva está organizada a partir de la gestión de la producción por parte de las asociaciones cañeras, las y los pequeños productores encuentran modos muy concretos de subvertir los estrictos controles impuestos. El contrato es una especie de guía de conducta, prescribe y proscribte comportamientos, ritmos y tiempos de producción, condiciones de calidad del “producto”, maneras de mover la caña, niveles de sacarosa en planta. Parece tener la solidez de la regla. Y sin embargo en los cañales siempre se está trasgrediendo. Quienes están en condiciones más desfavorables que otros para producir logran sortear con habilidosa maestría esos condicionamientos, como cuando riegan de noche sus cañales para eludir los cronogramas de riego, cuando mantienen relaciones personales con los coordinadores de los frentes de

cosecha¹⁸ de una asociación o cuando varían su afiliación en las asociaciones¹⁹. Salvo situaciones muy dramáticas, como cuando por accidente se quema la caña antes de tiempo, algo que suele verse como una desgracia suscitada por *envidias*; la caña suele venderse. Hay un pragmatismo sabedor que hace que las y los productores no terminen de perder el control de lo que pasa en sus terrenos, un control que está ligado a estar ahí, a su propia presencia en el cañaveral y a aquello que pueden domeñar con la vista. Ahí es donde pueden aparecer pequeñas astucias que coexisten con las estrictas cláusulas de la letra fría del contrato. Esas astucias tejen los hilos de las incontables anécdotas que circulan y se comparten cuando termina el día en Socoltenango, ligan a las personas y crean una épica campesina que expresa una dinámica relacional entre productores.

Para algunos productores de caña que tienen tierras alrededor de Socoltenango José es un *campesino*, en el sentido de que es un viejo ejidatario. Y ciertamente José no se consideraría a sí mismo un empresario cañero, porque para él los *empresarios* son otros, productores jóvenes ligados directamente a puestos de control en las asociaciones cañeras e interesados en comprar sus tierras. Hay una distinción directamente vivida entre *empresarios* y *campesinos*. Esa distinción tiene que ver con modalidades de la relación entre productores y asociaciones cañeras donde algunos hijos, jóvenes y profesionistas, se ocupan de tomar en sus manos el rumbo de las organizaciones y *modernizarlas*. No se trata de momentos de un desarrollo sucesivo de etapas que se anulan. La aspiración que encarna en *el paso de campesinos a empresarios* por parte de estos jóvenes dirigentes se expresa en la dinámica cotidiana del trabajo en los cañaverales, en modalidades prácticas y relacionales de la experiencia de producir caña de azúcar. Es en los cañaverales donde *campesinos* y *empresarios* se cruzan y tienen una imagen de sí en relación estrecha a la de los demás.

18 Durante mi trabajo de campo hice visitas a los frentes de cosecha para conocer la dinámica laboral, a través del contacto con dos de las asociaciones cañeras más importantes en la zona: la Confederación Nacional Campesina y La Delegación de Cañeros. La actividad cañera conforma una espacialidad productiva propia, que son los frentes de cosecha de las asociaciones. A través de una geografía que dispone los campos cañeros para la zafra aparecen otros actores sociales que sostienen el trabajo en los frentes y que no se pueden ver si no es en situación: contratistas, cortadores, tickeros, garceros y operadores de maquinaria pueblan esos frentes y sostienen el trabajo productivo en el corte y traslado.

19 Hay relativa movilidad entre las y los productores cañeros en su afiliación a las asociaciones. Muchas y muchos veían esa afiliación como una especie de mal necesario, el paso obligado por una instancia organizacional que venía junto con la situación de producir en este marco de relaciones. Muchos no adherían a sus asociaciones de base, o circulaban buscando una en la que *uno se halle*, donde esté cómodo y sobre todo donde se sienta reconocido y respetado. Por otra parte, la movilidad no es para las y los productores algo totalmente libre, encuentra límites y condicionamientos, como por ejemplo los rumores o no caer en el lugar de un productor “problemático”, porque las asociaciones mantienen su “derecho de admisión”.

Desde el punto de vista de un *empresario* cañero, la juventud y la formación académica organizan cierta mirada de sí que es solidaria de un porte en el cañal: la prolijidad impecable de la ropa limpia, la mirada arriba, una postura corporal segura que llega al cañaveral en carro moderno y que se destaca desde el fondo de la relación paterna con el *campesino*. Desde la mirada de José *un campesino sin tierra no es nadie*, porque el cañal es el entorno que comunica con su padre y su hermano, el lugar donde creció y donde quiere que lo entierren y también es el ámbito de sus quehaceres cotidianos, de los caballos que extraña y de las noches estrelladas. Desde ahí aparece el profundo malestar de José cuando esos *jovencitos* le insinúan la posibilidad de comprar sus tierras. *Le da coraje*.

Esta distinción vivida permite interrogar el modo en la teoría social tiende a tipologizar al sector de la producción cañera, donde las y los productores o son empresarios del azúcar (lo que supone tener unidades productivas plenamente capitalistas y empresariales) o son campesinos cañeros proletarizados (definidos por unidades productivas que no llegan a niveles mínimos de reproducción simple). Don José produce en una situación que está *entre*. En su experiencia pueden coexistir dos comportamientos que la teoría social tiende a separar: José tiene comportamientos económicos orientados a la obtención de ganancias sin por eso asumirse como un empresario, a la vez que tiene relaciones afectivas con la tierra que se apuntalan en la imposibilidad de acumular más allá de ciertos límites, sin dejar de percibirse como campesino²⁰. Y esto aparece de manera directa en los comportamientos: cuando cosecha hoy con el horizonte de destinar algún ahorro a la compra de más terreno encañado (como ya lo hizo otras veces), en su moral de buen productor fundada en *saber trabajar la tierra*, cuando diversifica la producción y entonces en su predio tiene las mejores tierras con caña pero en las zonas altas planta frijol, maíz y guineo; en el control directo del trabajo en campo; en el tipo de relación que tiene con los trabajadores asalariados que contrata porque no es posible recurrir a la familia (su hijo ya no quiere plantar caña) y en el vínculo amoroso con la tecnología -en especial las alzasoras-. Don José produce caña *entre*, porque para él más que un negocio rentable la caña es una forma de vida que, le preocupa, se pierda con su generación. Esta manera de hacer las cosas solo se puede ver estando con José en los cañaverales, *metiéndose adentro del cañal* y dejando desorientarse para que él vaya mostrando lo que ve: el borde de su terreno hecho de cercas de caña quemada, la

20 Esta aproximación se nutrió de trabajos de Archetti y Stolen (2017) y Balbi (1990) en Argentina.

huellas de los surcos que muestran lo hecho y por hacer, el machete como prolongación de su brazo, las distintas especies de *caña* y sus floraciones, su indignación por el descuido del campo de al lado y su expresión sesuda de *que un campesino sin tierra no es nadie* abajo de un árbol.

Arriba, Tzinil: La familia Herrera *entre el corte y la milpa*

Empecé a *subir* a Tzinil con mi compañera Betina, maestra en la Escuela Rural Francisco Ignacio Madero de Tzinil²¹. Las combis a Tzinil salían del mercado “Los Cántaros” y el viaje duraba veinte minutos. La primera *subía* a las 6.30 -o sea que había *bajado* a las 6- y era la más colorida de todas porque siempre venía cargada de flores, tortillas, gallinas, pozol y muchísimas tostadas. Las mujeres de Tzinil *bajaban* a vender en el mercado en la mañana y luego volvían con la última combi que *subía* a las dos de la tarde. Todo viaje que hubiera que hacer después de esa hora se hacía caminando, en carros o en mototaxi. A esa hora todas las personas que íbamos a Tzinil veníamos de otros lugares: Betina era de Chiapa de Corzo, Vanina -la asistente de la escuela-, era comiteca; el director de la escuela era socolteco y yo venía de Argentina. La primera vez me sorprendió escuchar al director decirme que *si quiere ver caña es abajo, arriba sólo hay cortadores*. El ascenso cada vez más pronunciado de la combi confirmaba esa manera en que las personas dicen *subir y bajar*, se prolongaba en el paisaje y evocaba una especie de polisemia fronteriza. La combi *subía*, el terreno se hacía de terracería y el maíz reemplazaba las cañas. *Arriba* había más piedras, más viento y hacía más frío. La primera vez que *subí* no pude imaginar cómo las personas trabajan la tierra en cerros tan pronunciados, qué sería ese esfuerzo de hacer la milpa en subida. Me pareció que uno de los motivos por los que arriba no se plantaba caña era ese. Otro motivo quizás era que arriba se riega con agua de lluvia. Un productor solía decirme que es porque la costumbre es la milpa y entonces arriba *no se hallarían* plantando caña. Arriba me dirán que es porque la milpa *es lo nuestro*. Al costado del camino una mujer cargaba leña con un rebozo colorido en la frente, un niño le marcaba el paso a unos cuantas vacas flacas y un joven, machete y morral al hombro, se alejaba a paso sesudo entre la milpa. Aparecieron las primeras casas alternadas con corrales y la entrada a la colonia.

21 Nos hicimos amigas después del terremoto, luego de mi primera semana de instalarme en Socoltenango. El siete de septiembre de 2017 aproximadamente a las 12 de la noche todos sentimos uno de los sismos más fuertes que se vivieron en Chiapas y en México. El epicentro fue en el golfo de Tehuantepec a 137 kilómetros al suroeste de Pijijiapan, Chiapas. Tuvo una magnitud de 8,2 mw1.

Para estar en Tzinil tuve que conocer a Don Pablo, el comisario ejidal y luego pedir permiso en la Junta Ejidal, instancia de toma de decisión de todo lo relacionado a la vida social en el ejido, en donde participan ejidatarias y ejidatarios²². Las juntas son los últimos domingos del mes, así que fue a fines de septiembre que empecé a llegar a Tzinil desde Socoltenango, todos los días, autorizada por la Junta²³. Así me incorporé a actividades de la escuela y comunitarias, hasta que conocí a la familia Herrera.

Cuando conocí a Antonia y empecé a llegar a su casa mi participación en la dinámica de la vida cotidiana de Tzinil dio un vuelco rotundo e inesperado. Desde ese momento hicimos todo juntas. Llegaba y la visitaba a ella. Así fui conociendo a Ernesto, su esposo, a sus hijos y sus esposas, a su hija menor y su pareja, a las nietas y nietos de Antonia y a su comadre. Ella me recibió en su casa y nunca entendí muy bien por qué motivo. Creo firmemente que fue porque me había soñado, como me dijo un día. Empezamos a ir juntas a la milpa²⁴, a recoger camotes en el traspatio²⁵ de su casa, a atisbar el fogón siempre encendido, a visitar a su comadre para hacer tamales que ella vendía en Socoltenango, a participar en el grupo de la iglesia, a rezar novenas para los difuntos, a visitar o recibir visitas, a prender candelas a los santitos al terminar el día, a hacer arreglos con las flores de su traspatio -Antonia es muy habilidosa-, a tortear en las mañanas -aunque *yo no muy ayudaba* por mi impericia-, a lavar ropa con el *yumbo*²⁶, a buscar agua en carreta hasta el pozo de la escuela -aunque el día que intenté llevarla *me ganó el peso* y quedé despatarrada en plena calle-.

Las actividades en la milpa son una prolongación de las de la casa. Algunas tareas domésticas dependen del momento del ciclo de cultivo. A inicios de octubre era tiempo de cosechar maíz tierno y entonces íbamos a recoger elotes para pelar y preparar tamales o para

22De la Junta Ejidal no participan quienes se llaman *avencidados*, es decir las personas que no tienen tierras a su nombre en el ejido.

23La situación de la Junta Ejidal se describe extensamente en la tesis.

24La milpa se hacía en un terreno de $\frac{1}{4}$ de hectárea cerca del poblado. Para Antonia la milpa es algo que según las situaciones se tiene, se hace y otras es un sitio a donde se va. Las media tardes en Tzinil con ella solían ser ir a la milpa, cuando hablábamos podía decirme que muchas de las familias de la colonia tienen su milpa y cuando aparecía como un saber me hablaba de las complejidades de hacer la milpa.

25El traspatio es una especie de huerta ubicada en la casa de la familia Herrera. Lo cuidaba Antonia y también oficiaba como una especie de lindero que dividía el predio: del lado derecho del traspatio estaba la casa de Antonia y Ernesto (donde vivía también María y su hijo y a donde me también me quedaba yo), junto, compartiendo pared, la del hijo del medio, que vivía con su esposa y su hijo. Del lado izquierdo del traspatio estaba la casa de Mariano, el hijo mayor de Los Herrera, que vivía con su esposa e hijos.

26Centrifugadora hecha con un palo enganchado a la boca de una botella de Coca-Cola cortada. Es sumamente útil.

asarlos. A fines de noviembre el maíz macizo en la casa se pela, se desgrana y se deja secar para usarlo o venderlo. Con Antonia solíamos ir a la milpa chiquita que es la que estaba más cerca de la casa. Porque la familia Herrera tiene dos terrenos en Tzinil, uno de $\frac{1}{4}$ de hectárea cerca del poblado y otro de una hectárea que estaba más alejado, en *la selva*, y al que solía ir Ernesto a caballo. De ese terreno siempre traía leña y a fines de noviembre, empezaron a llegar las calabazas.

Cada vez que conversábamos a Ernesto le parecía irreal que en Argentina no hubiera esto de la milpa y me preguntaba qué y cómo se plantaba *en mi sitio*. Solía contarme que aprendió a *hacer la milpa* desde que era pequeño, con su papá, que no quería que sus hijos *bajen a cortar*. *No se acostumbra a ir a ganar y nosotros queríamos ir*. El papá le decía, a él y a su hermano, que *si quieren trabajar, ahí está el terreno*. Pero para ellos hacer la milpa era como trabajar para un patrón. En ese tiempo para Ernesto el corte era salir a ganar dinero y esta actividad se intensificó cuando se casó con Antonia.

Pero la milpa también es un trabajo. Y no es un trabajo orientado a la subsistencia, que sólo garantiza la reproducción de la vida y otros empleos quedan orientados a la obtención de ingresos monetarios. Para Ernesto la milpa también es un *trabajo para ganar*. Lo que pasa es que hay que *saber esperar cuándo paga ese tiempo de la milpa*, me decía con paciencia cuando intuía que yo tendía a organizar demasiado rápido una distinción que para él no era lo que hacía. La familia Herrera vende parte de la producción de frijol a los *coyotes*, intermediarios que suben de Socoltenango o Villa Las Rosas para comprar la producción en la colonia. El precio está fijado de manera arbitraria, por lo que hay un esfuerzo destinado a hacer durar la cosecha, para que *pague*. Don Ernesto me explicaba siempre que la milpa y el corte *son trabajos diferentes*, pero que *también nuestro trabajo de nuestra milpa es seguro*. No quería que yo piense otra cosa.

Empezar a cortar caña los primeros días de noviembre reorganizó esta dinámica familiar de Los Herrera: todos los días empezaron a las 3.30 de la mañana y quienes no bajan al corte, centralmente sostienen el trabajo en las milpas con más regularidad que antes. Por esos meses la milpa *pedía* limpiar zacate, atender la falta o exceso de agua y esperar las cosechas de maíz (macizo) y la tapisca de frijol, a fines de noviembre y en diciembre. Creo que Ernesto este año cortaba porque había ese intervalo entre la siembra²⁷ y la cosecha que modelaba el ritmo y la

²⁷La siembra de maíz es a mitad de mayo y en junio la de frijol. Desde mediados de abril hay que empezar a rozar la

intensidad del trabajo arriba. Una señora de Tzinil me dijo, mientras tomábamos café y torteaba que *como a esta altura* [del año] *no hay qué hacer en la milpa, muchos bajan al corte.*

Cortar caña en la zona tampoco es la única opción de trabajo asalariado para las personas en Tzinil. Ernesto otros años trabajó en la construcción en Playa del Carmen, otras en el corte de caña en Veracruz y otras personas en Tzinil viajaban a las cosechas de tomate en Sinaloa y Baja California.

Decidir *bajar al corte* y con quién es un esfuerzo de tiempo y relaciones en la colonia y aunque en Tzinil lo hacen los varones reorganiza la dinámica de toda la familia. Por eso depende también de los ciclos familiares, de que haya personas que puedan quedarse a trabajar en las milpas, de evaluar la oportunidad de cuánto dinero podría ganarse, de si ese año se dejó descansar la tierra o se cultivó. Ernesto decidió que este año iba a cortar para el ingenio de Pujiltic y que lo haría con *el compa* Horacio²⁸, aunque él hubiera querido cortar con *el tío* Beto. Horacio y Beto son dos contratistas²⁹ que trabajan para la misma asociación cañera, los dos viven en Tzinil y con ellos tiene vínculos personales. La diferencia para Ernesto entre *el compa* Horacio y *el tío* Alberto, es que trabaja mejor porque paga más, le suelen dar más hectáreas y se queda con la segunda³⁰. Don Beto fue el primer contratista de Tzinil y en la colonia es muy apreciado. Para muchas personas arriba es un buen hombre. Ernesto se enojó con Beto cuando le dijo que no tenía adelanto³¹, porque supo que le había adelantado a otros cortadores más jóvenes, entre los que estaba la pareja de su hija más chica. Así que empezó a bajar al corte con Horacio, que después de las primeras semanas se fue con *su* cuadrilla para la zafra de un ingenio en Veracruz y entonces Ernesto finalmente terminó cortando con Don Beto en Pujiltic.

Muchas familias que tienen tierras en Tzinil en esta época del año viven *entre* el corte y la

tierra.

²⁸Ese año el corte empezó en Pujiltic oficialmente el cinco de noviembre y Ernesto arregló que iba a cortar con *el compa* Horacio, uno de los ocho cabos que vivían en Tzinil y trabajaba para la CNPR al igual que Alberto.

²⁹ Los contratistas reclutan a los cortadores para trabajar durante la zafra. Cada uno trabaja con un grupo de cuarenta cortadores que forman *su cuadrilla*. Se ocupan de los traslados a los frentes de cosecha y del pago semanal por el trabajo en el corte que se calcula a base del montón de caña cortada por día y se efectúa en Tzinil.

³⁰La segunda se le dice a la hectárea asignada a un cabo después de haber terminado el corte en la primera. La cuadrilla que primero termina tiene, a modo de “premio”, la segunda.

³¹El adelanto es un monto de dinero que el contratista entrega antes del inicio de la zafra y que luego cada cortador “descuenta”, aquí se le llama *desquita*, y que lo compromete a empezar con él hasta saldar esa obligación. Pero además de las monetarias hay obligaciones morales, porque si bien cada cortador no tiene más obligación que *desquitar* el adelanto con el contratista que acuerda de palabra, a la vez *le da pena* dejarlo.

milpa. Las dos actividades coexisten en la dinámica de la vida social de la colonia y organizan una experiencia dislocada de la temporalidad del empleo. Esto quiere decir que el corte está alterándose, interrumpiéndose y retomándose en virtud de las contingencias y los requerimientos de la vida, centralmente del ciclo de trabajo en la milpa y también de las fiestas.

Las prácticas económicas de Ernesto se hacen en claves de acción propias y las experiencias laborales asalariadas no sustituyen o reemplazan a la milpa, porque es una forma privilegiada del esfuerzo personal y familiar. El trabajo asalariado en el corte de caña se da al calor de la milpa, e incluso mientras estuve con la familia Herrera se supeditó a su ciclo temporal agrícola. El trabajo en la milpa supone una relación peculiar con el tiempo, porque su *tempo* es el del ciclo del maíz, el frijol y la calabaza y el trabajo asalariado en el corte de caña se hace al ritmo de sus requerimientos. Hay una especie de preeminencia inmediatamente realizada que hace que el pulso del trabajo en el corte de caña lo marque la milpa, junto a otras contingencias cotidianas y las fiestas. Nadie empieza el corte en medio de una fiesta y nadie baja a cortar caña si tiene que majar frijoles. Ni Don Beto, el contratista. Entonces, más que reemplazo o sustitución (Cartón de Grammont, 2000), en la situación de Ernesto hay distintas ocupaciones que coexisten de manera diversa y que tienen sentidos distintos, donde el *tempo* es clave. Se trata de ocupaciones y fuentes de sustento múltiples y dispersas ligadas a la economía familiar de Los Herrera, distintas formas de ganarse la vida (Narotsky y Smith, 2006), que se orientan a la producción de valores de uso y de mercancías³² (en la milpa) y también a la venta de la fuerza de trabajo. Esas múltiples y dispersas fuentes de sustento están ligadas a su vez a la composición y los ciclos de las familias y de las unidades domésticas en Tzinil, al acceso o no a tierras en el ejido o a la posibilidad de heredarlas, y tejen múltiples y heterogéneas relaciones en la colonia y modos de vivir el trabajo asalariado.

Una trama social local entre *el pueblo y la colonia*

Mientras suceden y se hacen cosas *arriba y abajo*, mientras las personas *subimos y bajamos*, se tejen las interacciones y las percepciones entre las comunidades rurales³³.

³²Parte del productos del trabajo en la milpa se destinan a la subsistencia (maíz, frijol y calabaza), junto a los del traspatio (cayotes, camotes, chile, papaúsas, maracuyá, limón y naranja, entre otras) y otra parte considerable se destinan a la venta (centralmente el maíz y el frijol), que se comercializan a través de los *coyotes*, intermediarios que llegan desde Socoltenango y Villa Las Rosas para adquirirlos a precios que fijan ellos mismos.

³³ En la tesis justifico exhaustivamente la decisión de trabajar con esta categoría para conocer la dinámica de las

Como en la dinámica de las transacciones en el mercado de Socoltenango, *abajo*. Los fines de semana llegan vendedoras que no suelen verse todos los días y también suele haber más personas comprando. Una mujer de Tzinil con falda de colores y camisa bordada ofrece papaúsas, chayotes y tostadas, varias señoras venden sus flores de traspatio y una mujer parada, flaca y larga como las escobas de palma apoyadas sobre el poste de luz de la esquina, conversa con otra bajita que vende pollos. Muchas mujeres *bajan* de Tzinil a vender sobre la calle principal afuera del mercado (adentro del mercado hay puestos socoltecos).

Las casas de la esquina y los alrededores también aprovechan la explosión de personas para vender: jarros de cerámica, ropa, regalos y otros productos. Las transacciones en el mercado son sutil y marcadamente distintas según de donde vienen quienes venden y compran, y según qué cosas compran y buscan. Esa dinámica de las transacciones son interacciones cara a cara. Las compradoras de los productos de Tzinil suelen ser mujeres socoltecas que tienen la idea de que las personas de Tzinil son *más humildes y cerradas, pero buena gente*. Ellas compran porque les parece que todo lo que viene de Tzinil es muy casero, porque necesitan tostadas, pozol, flores para adornar sus mesas y pollos *de rancho* –pollos *buenos que se crían comiendo maíz*-, al tiempo que lo hacen con una carga de imperativo moral y cristiano: comprar es hacer una buena acción, una forma de *ayudarlas*. Las mujeres de Tzinil parecen disponer de esa percepción para lo que les interesa que es vender lo que tanto cuesta bajarles. A menudo me decían que en Tzinil *somos más pobres pero más alegres* que en Socoltenango, como parificando emotivamente las relaciones. Y había también una carga de malestar contenido sobre esa percepción que tenían las mujeres socoltecas de las personas de arriba. Si ese malestar no se expresaba a menudo abiertamente, ellas lo percibían de manera inmediata en ese trato directo cara a cara, sin dejar de aprovecharlo para vender. Todo esto pasaba las más de las veces en un clima de tan excesiva cordialidad que a mí me parecía que solo podía expresar más bien tensiones como contenidas y al mismo tiempo contenciosas.

Otra de estas situaciones donde todo acontece en un clima de cordialísimas tensiones contenidas son las fiestas, *arriba*. En mi trabajo de campo fue la fiesta de la Virgen de Guadalupe³⁴ en Tzinil y el corolario de su último día que son las peleas de gallos, donde las

relaciones entre pueblo y colonia (Vesuri, 1977).

34 El día de la Virgen de Guadalupe es el doce de diciembre. El baile es el 11 de diciembre y la feria se extenderá

personas de Socoltenango y de Tzinil se encuentran, se entretienen y se pelean. La fiesta le sienta bien a Tzinil y es ciertamente más alegre (en Socoltenango también se celebra, pero varias personas *suben* y otras celebran abajo sin dejar de comentar que *arriba sí debe estar bien alegre*). Es un acontecimiento que se instala desde fines de noviembre en la vida pública de la comunidad. Hay que notar que a esta altura hace un mes que empezó la zafra, y así como empezó ya todos la van dejando. En Tzinil hay muchas cosas para hacer: juntar dinero entre las familias, distribuir las casas por donde pasará la virgen, preparar las enramadas de las escuelas. Aparecen los primeros puestos alrededor de la iglesia (la feria) y circulan los rumores sobre qué banda tocará en el baile (será *Black Sugar -Azúcar Negra-*, de Pujilic). En diciembre el clima se siente en las calles desde el primero, cuando la virgen visita las casas y se hacen peregrinaciones diarias a la iglesia. El día de la fiesta estaba en casa de Los Herrera con Antonia cortando carne junto al fogón, algo poco habitual porque es muy cara. Estábamos apuradas, se había anunciado la enramada de la escuela primaria y queríamos estar ahí. También se enunció la pelea de gallos y el baile de la noche. En eso llegó una pareja a la casa. Eran amigos de uno de los hijos de Antonia -Federico- que venían de Socoltenango a ver la pelea. El hijo de Antonia estaba muy concentrado, alimentaba a su gallo más grande mientras le acariciaba las plumas. Se pusieron a conversar mientras lo miraban comer ¿Sabría el gallo que se debatía si peleaba? Empezaron a llegar otros varones que hicieron una especie de ronda debatidora, uno de ellos midió al animal y así pareció confirmar que podía pelear. Federico estaba muy nervioso. Quería mucho a sus gallos. Los cuidaba apasionada y meticulosamente todos los días. Él tomó amorosamente a su gallo entre los brazos y se fue seguido de la escolta de varones. Después de la enramada de la escuela pasamos a ver las riñas de gallos que eran en la casa de un vecino. Una riña fue entre un gallo socolteco y otro tizinilero, y a mí me pareció que eso le agregó un poco más de tensión que las que siguieron. Había un árbitro que dio inicio y final a la contienda que ganó *el gallo de Tzinil*. Después de que el juez decretó el fin de la pelea de gallos empezó la de los hombres, porque el dueño del gallo que había perdido se abalanzó enojado sobre el joven de Tzinil que había ganado la pelea. La muchedumbre suspendió los festejos y alguien dijo que *si se van a madrear, para afuera*, comentario que se acompañó de aplausos y asentimientos generales. El señor de Socoltenango se fue enojado mientras el otro se quedó a ver las próximas peleas mientras recibía aprobación y

durante quince días.

reconocimiento: había ganado *alguien de aquí*, como me dijeron. Luego siguieron otras peleas, pero ninguna tuvo la carga emotiva que se sintió en ésta.

Estos momentos son expresión de una trama social, de subires y bajares que encuentra y desencuentra a las personas en Tzinil y en Socoltenango. Hay una manera de vivir las relaciones entre las localidades que se liga también a cuestiones tan importantes como la distribución desigual de la tierra. Las relaciones sociales también son conflictos abiertos: existe una larga disputa entre comuneros de Socoltenango y ejidatarios de Tzinil por la dotación de terrenos y un juicio agrario que dura 40 años (1955-1994)³⁵ y que finaliza con una sentencia más favorable para los comuneros socoltecos. El sentimiento de injusticia por las peripecias del reparto es solidario con las experiencias laborales en el corte. Tener pocas tierras, arriba y con más dificultades para producirlas incidía en recurrir al trabajo temporal en el corte de caña o como jornalero abajo, y organizaba el sentimiento de que los productores socoltecos tenían mucha caña, eran ricos y desagrdecidos.

El sentido de las relaciones de producción en torno al trabajo cañero, para productores y cortadores, está también ligado a la dinámica del reparto agrario y a situaciones de la vida social como el mercado y las fiestas, que se articulan a la división social del trabajo que organiza la actividad productiva cañera agroindustrial (que *abajo haya caña y arriba cortadores*).

El intento de captar en la escritura lo fluido y diverso en que se me apareció el mundo-caña involucra esta trama social de relaciones cotidianas. Esa trama social es un tejido que no tiene una única dirección sino que es múltiple e interdependiente, pero también a veces es jerárquica y desapareja: en la distribución de la tierra, en lo que se produce³⁶, en el acceso al agua, en la percepción propia y de los demás y en el acceso a recursos económicos, de salud y de servicios en el pueblo y en la colonia.

Así, los sentidos del trabajo para quienes trabajan desbordan relaciones y espacios estrictamente productivos y se traslapan a un universo de vínculos sociales más amplio. En mi

35 Esto no es un caso aislado sino una constante en el Estado y en la zona. Para conocer ese proceso usé fuentes documentales, básicamente la sentencia definitiva, datos del Registro Agrario Nacional y solicitudes publicadas en el Diario Oficial de la Federación, junto a conversaciones con personas centralmente de Tzinil, quienes estuvieron más dispuestas a conversar conmigo sobre esta cuestión.

36 Me refiero a que no es lo mismo producir caña de azúcar *abajo*, que maíz, frijol y calabaza *arriba*, en virtud de que la caña de azúcar se valoriza en el momento en que se inscribe en un proceso productivo diferente, agroindustrial, al de los otros cultivos, incluso si se trata de la misma cantidad de hectáreas.

etnografía describo cómo se relacionan las personas de Socoltenango y de Tzinil, no sólo en los frentes de cosecha sino en la dinámica de la vida cotidiana, porque cada localidad y cada sector están ligados al mundo-caña bajo claves que no solo son económicas sino también valorativas y afectivas, propias y colectivas.

Estar en el mundo-caña es estar inmerso en un juego de relaciones prácticas donde producir y cortar caña de azúcar son una de las actividades prominentes. Ambas actividades se conectan con más intensidad durante la zafra. Desde un punto de vista objetivo, porque en la agroindustria azucarera moderna es el momento que conecta el trabajo en el campo y en la fábrica. Desde un punto de vista situacional, porque encuentra y desencuentra a productores y cortadores (entre ellos y entre sí). El corte de caña es uno de los trabajos más duros de la actividad agroindustrial en los frentes de cosecha: por las difíciles condiciones laborales, porque es manual, porque se paga por semana en función de los montones de caña cortados y porque el esfuerzo de trabajo que *pide la caña* lo hace centralmente quien está cortando.

La cosecha de la caña de azúcar genera cosas diversas. Para productores como José, es más bien un momento fugaz, dura uno o dos días en sus cañales queridos, habla del ansioso cierre de un ciclo anual de cultivo y es cuando va a entrar el dinero para su familia. Como me dijo José, *de esto comen y beben*. Las mayores vicisitudes para productoras y productores parecen estar en el desafío de tener que cultivar caña en un contexto de agricultura por contrato. Para los cortadores, como Ernesto, la zafra inaugura una experiencia dislocada de la temporalidad del trabajo asalariado, porque la duración es la prolongación temporal de lo que hacen y entonces *bajar al corte* es algo de lo que disponen en el intervalo que aparece entre otras actividades. Para los cortadores cortar puede ser aquello de lo que depende la economía familiar, aquello que depende de las relaciones personales con compadres o amigos en la colonia, algo que se puede hacer mientras la milpa lo deja, e incluso aquello que lo distingue a uno de la vida de sus padres.

Bajar al corte había sido una de las expresiones que más me sorprendió durante el trabajo de campo. Con el tiempo entendí que no solo el trabajo en el corte se expresaba así, sino que había una multiplicidad de prácticas y de relaciones que se decían en ese lenguaje vivido que distinguía estar *arriba* y estar *abajo*. Esas palabras no funcionan como un sistema. Su sentido aparece en la inmediatez de las cosas hechas y dichas, se vuelve polisémico y se abre en múltiples direcciones mostrando una trama social local entre comunidades rurales.

En la trama escrita de la tesis aparece ese movimiento propio de las relaciones entre comunidades rurales en el mundo-caña. *Arriba y abajo* son parte de su textualidad movediza. La etnografía hilvana la trama social entre Tzinil y Socoltenango en el mundo-caña a partir de situaciones del trabajo de campo y a medida que avanza articula categorías de análisis. Abajo, las notas a pie de página despliegan consideraciones teóricas generales. Arriba del texto se puede estar en el mundo-caña. El recorrido de la tesis en cinco capítulos también hace ese movimiento: baja primero a Socoltenango para conocer cómo es producir la caña de azúcar, para después subir a Tzinil y entender qué significa *bajar al corte*. El argumento etnográfico es el hilo conductor y organizador del texto, e hilvana la tesis en términos teóricos y de evidencias empíricas. Mi tesis tiene una textualidad movediza, porque así son los trabajos y los días de las personas en Tzinil y en Socoltenango.

Bibliografía utilizada

ARCHETTI, Eduardo y STOLEN, Kristi

1974-2017 “Tipos de economía, obstáculos al desarrollo capitalista y orientaciones generales de los colonos del norte de Santa Fe”, en Bengoa, José (sel.) Eduardo Archetti: Antología esencial, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales CLACSO, pp.87-121.

BALBI, Fernando Alberto

1990 “Desarrollo y reproducción de una forma de producción no empresarial: el caso de los pescadores comerciales del Paraná entrerriano”, Cuadernos de Antropología Social, Buenos Aires FFyL-UBA, núm. 4, pp. 66-94.

BARTOLOMÉ, Leopoldo

1980 “Sobre el concepto de articulación social”, *Desarrollo Económico*, vol. 20, núm. 78, pp. 275-286.

BARTRA, Armando

1982 *La explotación del trabajo campesino por el capital*, México, Macehual.

1989 “Campesinado: base económica y carácter de clase”, *Cuadernos de Antropología Social*, Buenos Aires FFyL-UBA, vol. 2, pp. 3-10.

CARTON DE GRAMMONT, Hubert y LARA, Sara

2000 “Nuevos enfoques para el estudio del mercado de trabajo rural en México”, *Cuadernos Agrarios. Nueva época*, núm. 19-20, pp. 122-140.

DE LA FUENTE, Julio

2009 “Introducción” y “Producción registrada, fisco y monopolio”, en Sosa Suárez, Margarita (coord.) Monopolio de aguardiente y alcoholismo en los Altos de Chiapas. Un estudio “incómodo” de Julio de la Fuente (1954-1955), México, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI).

GARCÍA, Martha

2014 “Migraciones laborales en la agroindustria azucarera: jornaleros nacionales y centroamericanos en regiones cañeras de México”, *Procaduría Agraria*, (s/núm.), pp. 123-147.

GEERTZ, CLIFFORD

1963 *Agricultural involution: the process of ecological change in Indonesia*. Berkley, University of California Press.

GUBER, Rosana

2001 *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá, Norma.

HERMITTE, Esther

2004 *Poder sobrenatural y control social en un pueblo maya contemporáneo*. Antropofagia. Buenos Aires.

LEITE LOPES, José Sergio

2010 *El vapor del diablo. El trabajo de los obreros del azúcar*. Buenos Aires. Grupo Antropología del Trabajo (GAT).

2011

NAROTZKY, Susana y SMITH, Gavin

2006 *Immediate struggles. People, power and place in Rural Spain*, Berkley, University of California Press.

ORDOÑEZ MORALES, Cesar

1992 “Demanda de braceros guatemaltecos en la zafra del ingenio Huixtla”, *Revista de Geografía Agrícola*, núm. 17, pp. 85-100.

PARÉ, Luisa; JUÁREZ, Irma y SALAZAR, Gilda

1987a *Caña brava: trabajo y organización social entre los cortadores de caña*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

PARÉ, Luisa

1987b *El estado, los cañeros y la industria azucarera: 1940-1980*, México, Instituto de Investigaciones de la UNAM.

1980 *El proletariado agrícola en México*, México, Siglo XXI.

QUIRÓS, Julieta

2006 *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del Sur*

del Gran Buenos Aires, Buenos Aires, Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES).

- 2014 “Etnografiar mundos vívidos: desafíos de trabajo de campo, escritura y enseñanza en antropología”, *Antropología y Ciencias Sociales*, núm. 12 (17), pp. 47-65.

SANTOS ARGUELLES, Rosa Graciela

- 2014 *Inserción laboral y pluriactividad: Familias jornaleras de Santo Domingo Kesté en la agroindustria azucarera de La Joya, Champotón, Campeche*. Tesis de maestría en Ciencias en Recursos Naturales y Desarrollo Rural, Colegio de la Frontera Sur.

SIGAUD, Lygia

- 1971 *A nação dos homens. Uma análise regional de ideologia*. Tesis de Maestría. Universidade Federal do Rio de Janeiro, Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social do Museu Nacional, Mimeo.

VESSURI, Hebe

- 1977 “Procesos de transición en comunidades de obreros rurales y procesos de articulación social”, en Hermitte, E. y Bartolomé, L. (comps.) *Procesos de Articulación social*, Buenos Aires, Amorrortu.

VILLAFUERTE SOLÍS, Daniel, et al.

- 2002 “Algunos saldos de los acuerdos agrarios: los casos de Hoja Blanca y Arturo Pinto”, en *La Tierra en Chiapas, viejos problemas nuevos*, México D.F, Fondo de Cultura Económica

WOLF, Eric y MINTZ, Sidney

- 1975 “Haciendas y plantaciones en Mesoamérica y las Antillas”, en *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina, México, Siglo XXI*.

WARMAN, Arturo

- 1980 *Ensayos sobre el campesinado en México*, México, Nueva Imagen, pp.153-157.

WHITEFORD, Scott

- 1970 “Articulación social y poder: el zafrero y el contexto de la plantación azucarera”. En: Hermitte, E. y Bartolomé, L. (comps.) *Procesos de Articulación social*, Buenos Aires, Amorrortu.